

1. Saliendo de las sombras: Mi historia de migración más allá de la frontera

Yohan García Lucero

Llegar a los Estados Unidos no es fácil, implica dejarlo todo: amigos, familia, tierra, y costumbres. Sin embargo, los inmigrantes salimos de nuestras tierras buscando mejores oportunidades. Para lograr el éxito, tenemos que pagar un costo muy alto, sobre todo si somos indocumentados. Hay un costo emocional, social, y, por supuesto, monetario. En un reportaje para el noticiero *Mundo Fox*, la reportera Peggy Carranza describió mi historia de la siguiente manera: “García conoce muy bien el precio de ser indocumentado, desde que cruzó la frontera ha enfrentado problemas, pero también ha saboreado el éxito.”¹

Nací en Tecolutla, un poblado del municipio de Tehuitzingo, ubicado al sur del Estado de Puebla, México. Es un “pueblo mágico” con menos de 400 habitantes. Soy el menor de los diez hijos de Hilario García Martínez y Rosaura Lucero Lucero. Ser hijo de don Hilario fue una bendición, un privilegio, y un regalo de Dios . . . también fue una gran responsabilidad. Don Hilario siempre estuvo involucrado en cargos públicos en nuestra comunidad. Mientras otros chicos tenían tiempo libre para jugar, yo tenía que estudiar. Mientras mis compañeros de clase veían sus programas favoritos de televisión, yo veía noticias sentado al lado de mi padre . . . pero solo si ese día había sido responsable con mis obligaciones en el hogar. Mi padre deseaba que sus hijos fueran personas de bien, así que fue muy estricto con nosotros. Sus consejos eran sabios y acertados. Aunque no terminó ni el tercer año de primaria, ya había logrado grandes cosas en su vida. Por ejemplo, había abogado bastante para que nuestro pueblo tuviera

¹ “Conoce la conmovedora historia de un inmigrante que sufre el costo de ser indocumentado,” *Mundo Fox*, 11 de mayo de 2014.

su propia escuela telesecundaria y para que nuestra comunidad recibiera los fondos necesarios para llevar a cabo varios proyectos como la construcción del centro de salud. También estuvo al frente de los esfuerzos por defender las tierras del ejido.² La gente del municipio y sus alrededores respetaba mucho a mi padre. Eso sí que me hacía sentir bien; sin embargo, a menudo vivía con la expectativa de que tendría que llegar a ser igual o mejor que mi padre.

Tenía apenas seis años cuando comencé a acompañar a mi padre a asambleas donde se discutían los asuntos de la comunidad. Entendía muy poco lo que se discutía, pero ver actuar a mi padre me hacía comprender la importancia del liderazgo y del servicio comunitario. Sus palabras siempre fueron acompañadas de hechos: las palabras se las lleva el viento, mientras que los hechos revelan tu verdadera identidad. Así, desde muy temprana edad, mi padre me enseñó que la justicia y la libertad van de la mano y que los dones y talentos que Dios nos ha dado no pueden ser desperdiciados, porque, como se dice popularmente: “Nadie puede ser perfectamente libre hasta que todos lo sean.”³ Sin embargo, haber sido el menor de la familia me favoreció en el sentido de que hubo tiempo para la escuela, suficientes maestros en la escuela primaria y secundaria, y dinero para ingresar a la preparatoria...y después para salir en busca del “sueño americano.”

A mis quince años abandoné la preparatoria para dedicarme al trabajo en la construcción y a la capricultura—la crianza de chivos. A pesar de que ganaba bien en el trabajo de la construcción, comencé a pensar si realmente quería hacerlo toda mi vida, sabiendo que había otras oportunidades. En ese entonces, pocos de mi comunidad se graduaban de la secundaria, y el número de quienes lograban graduarse de la preparatoria era mucho menor. Bastaban los dedos de una mano para contar a los que intentaban

² Un ejido es una propiedad social colectiva de tierras que es propiedad del Estado pero cedida a un grupo de pobladores o campesinos para su explotación agrícola.

³ Esta frase se atribuye popularmente a san Agustín, aunque no se encuentra literalmente en sus obras principales. Algunas fuentes señalan que esta frase es una interpretación sobre su pensamiento acerca de la libertad y el bien común, la cual está bastante presente en el texto *El libre albedrío*.

ingresar a la universidad—me parece que solo un muchacho había ingresado, pero nunca la terminó. Ir a la universidad no era algo de lo que mis amigos y yo habláramos. No era realista. La gente calificaba tales pensamientos de locos y quizás tontos. Una vez, un compañero en el trabajo de construcción me dijo: “Esas cosas no son para nosotros. A nosotros se nos dio el trabajar y vivir el día a día. Mejor coge tu pala y ponte a hacer algo de provecho.” Sin embargo, cuando las ganas de triunfar son muchas, ninguna barrera es lo suficientemente alta como para detener el ímpetu humano.

Un viaje de vida o muerte

Ya que el sueño de ir a la universidad era nulo para nosotros, mis hermanos me preguntaron si quería venirme a vivir a los Estados Unidos. Sin pensarlo dos veces respondí que sí. Emigré a este país a los 16 años en busca del llamado “sueño americano.” Me traje una mochila con un solo cambio de ropa, pero llena de ilusiones. Antes de emprender mi viaje, fui a la capilla de mi pueblo para llevarle unas rosas rojas a la Virgencita de Guadalupe, que se apareció en una roca del cerro que mira hacia nuestro pueblo. En medio del silencio que rodeaba la capilla, le presenté a nuestra Santa Madre mis angustias y alegrías. A pesar de que estaba muy contento con la idea de reunirme con mis hermanos y hermanas ‘del otro lado,’ también estaba muy triste porque iba a dejar atrás a mis padres y amigos . . . y todo aquello que, hasta ese momento de mi vida, había sido parte de mi entorno.

Al igual que muchos migrantes que cruzan océanos y desiertos para llegar a la tierra prometida, yo también viajé cientos de millas cruzando varios Estados de México y atravesando una angustiosa caminata de siete días y seis noches por el desierto de Arizona. El primer día del viaje, nuestro grupo fue asaltado a punta de pistola. Las personas que nos atacaron estaban armadas con ametralladoras, tomaron nuestras pertenencias y golpearon a algunos miembros de nuestro grupo sin ninguna compasión. El líder del grupo armado se me acercó y me apuntó con un revólver a la cabeza y me preguntó si tenía miedo de morir. En ese momento clamé a Dios en mi corazón: “Señor, ¿será este mi último día? Salí de mi tierra en

busca del ‘sueño americano,’ pero ¿es así como terminará todo?”⁴ Yo tenía tan solo 16 años. Tenía mucho miedo, pero de alguna manera, me armé de valor para decirle: “No tienes autoridad sobre mí. No te corresponde a ti decidir si vivo o muero.” Yo sabía en mi corazón, como lo supe en la capilla de mi pueblo, que no estaba solo. Sabía que Dios y la Virgencita de Guadalupe me protegerían. El líder del grupo armado se quedó sorprendido por mi respuesta y me pidió que me acostara en el suelo y no abriera los ojos hasta que ellos se hubiesen marchado por completo.

Tristemente, esta no fue la única ocasión en la que casi perdí la vida. Durante los siete días y seis noches que caminamos en el desierto pasé hambre, sed, calor, y mucho frío. También me espiné y me alambreé varias veces. En una ocasión recuerdo que teníamos que cruzar una carretera oscura en medio de la nada, y para que ‘la migra’ no nos viera, teníamos que correr con todas nuestras fuerzas.⁵ Aparte de la migra, también teníamos que cuidarnos de los carros que venían a alta velocidad y podrían atropellarnos. Fui de los primeros que se animaron a salir rápidamente para cruzar esa carretera sin saber lo que nos esperaba. La oscuridad no nos permitió ver que había dos alambres de púas: vimos el primero; el segundo nunca lo vimos. Al llegar al primer alambre de púas que dividía la carretera, nos tiramos al suelo, mientras pasaban un par de carros a nuestro lado. Salimos corriendo, pensando que ya habíamos logrado cruzar la carretera, cuando, de repente, nos topamos con un segundo alambre. Recuerdo cómo el alambre de púas perforaba mis brazos y mis piernas. Mi sangre comenzó a escurrir; sin embargo, no había tiempo que perder, pues teníamos que seguir corriendo hasta llegar a un lugar seguro.

Después de cruzar los alambres de púas, llegamos a un túnel. Nos metimos en él sin saber que no tenía salida. Éramos cerca de treinta

⁴ Véase en este volumen: Francisco Javier Reyes Flores, “Un corazón enraizado en dos tierras: Una historia de resiliencia, fe, y esperanza,” 32–44.

⁵ “La migra” es una expresión informal para referirse a los oficiales de migración, es decir, a los agentes del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de los Estados Unidos (ICE, por sus siglas en inglés) o de la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de los Estados Unidos (CBP, por sus siglas en inglés).

personas los que entramos en ese lugar. Recuerdo que al principio entramos caminando y conforme seguimos avanzando, nos comenzamos a agachar hasta ir como iguanas. Otra vez, fui de los primeros que se animaron a ingresar al túnel. Después de varios minutos, nos dimos cuenta de que el túnel no tenía salida. Hubiésemos podido salir con calma, pero el pánico se apoderó del grupo, de modo que todos los que estaban dentro comenzaron a echarse para atrás como podían. Cuando la respiración se agota y el pánico te come las entrañas, tu única opción es luchar por tu vida. Todos, en algún momento, tenemos que morir y, para mí, no iba a ser esa noche oscura. Irónicamente, esa noche aprendí a valorar el sentido de la vida. Tal como diría san Juan de la Cruz en su poema, *Noche oscura del alma*:

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.⁶

En ese momento, cerré los ojos por un instante y me escuché a mí mismo reclamarme: “¿Para qué dejaste México?”

El pensamiento de que mi vida terminaría poco a poco comenzó a consumir mis entrañas. Tenía segundos para tomar una decisión. Como pude comencé a salir y cada paso y cada centímetro comenzó a contar. Nadie iba a dar esos pasos por mí. Cada uno de los que estaban en ese túnel luchaba por su propia vida. Así que o me reconciliaba con la vida o moría. Había dejado y sacrificado ya tanto y todavía me quedaba mucho más por vivir, descubrir, y realizar. Todos esos sueños no podían quedar olvidados en ese túnel. Y yo no estaba dispuesto a morir. Fue en ese momento cuando nació en mí el lema: “*Nunca te rindas y seguirás avanzando.*” Logré salir de

⁶ Véase el poema de San Juan de la Cruz, “Noche oscura del alma,” *University of Pennsylvania*, ccat.sas.upenn.edu/romance/spanish/219/06oro/sanjuannocheoscura.html.

ese túnel que acechaba mi vida y en el transcurso de los próximos años, usaría esta misma filosofía para salir adelante en otras noches oscuras. Cada vez que me encuentro en una situación que siento que no tiene salida, tomo fuerzas al recordar los momentos en que atentaron contra mi vida al cruzar la frontera: recuerdo ese revólver apuntando a mi cabeza, ese oscuro túnel y el frío penetrante de esa noche oscura en el árido desierto de Arizona.

La triple vulnerabilidad que vivimos los inmigrantes

Muchos inmigrantes indocumentados que viven en los Estados Unidos salieron de sus países de origen debido al impacto negativo de las intervenciones de los Estados Unidos. Inmigrantes de Centroamérica y México emigraron después de la intervención política, militar, o económica del gobierno estadounidense. Por ejemplo, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) generó niveles significativos de desempleo en el centro y el sur de México. El Estado de Puebla dependía mucho de los sectores agrícolas y caprinos. Cuando nuestro maíz y ganado no pudieron competir más con los productos estadounidenses y canadienses que comenzaron a entrar a México, muchos dejaron de sembrar sus tierras y vendieron su ganado para migrar ‘al otro lado.’ A pesar de que la decisión de migrar a los Estados Unidos fue mía, esta fue influenciada tanto por los *factores de expulsión*—como la pobreza, la falta de oportunidades de estudio y empleo—como por los *factores de atracción*—mejores oportunidades y la idea de alcanzar el dichoso “sueño americano.”

Llegué a la ciudad de Nueva York el 27 de marzo de 2003. En ese entonces, todo me parecía hermoso, pero pronto caí en la dura realidad de que ‘sin papeles’ es muy difícil salir adelante. Comencé trabajando como lavaplatos, donde ganaba tres dólares por hora. Después me cambié de trabajo y comencé a trabajar en una cafetería; preparando cafés y sándwiches, comencé a ganar ocho dólares la hora. Trabajaba los siete días de la semana, entre diez y doce horas diarias. Todo cambió cuando la patrona me dijo que tenía que pensar en mi futuro, en una vida mejor. Ella

trató de convencerme de estudiar inglés e ir a la universidad. Sin embargo, le dije que estaba contento con mi trabajo y estilo de vida. Entonces ella me dijo: “Estás despedido. Vuelve el lunes, pero con un comprobante de que te has inscrito para tomar clases de inglés. No te preocupes por tu horario. A partir del lunes, trabajarás menos horas y recibirás el doble de tu sueldo.” Tara—así se llamaba—me recordó que el trabajo no era todo en la vida y que tenía que volver a la escuela y luchar por mis sueños. Después de todo, había sacrificado tanto para llegar ‘al otro lado.’ Ella y su familia me ayudaron a salir de mi zona de confort y, con eso, expandieron mis posibilidades para vivir mejor.

Aquí parece que ya habían cambiado las cosas y que, finalmente, yo había logrado el dichoso “sueño americano.” Sin embargo, no fue así. Nada me hizo sufrir más que el deseo de llegar a tener una educación superior. Fueron muchos los momentos en que tuve que decidir si comer o pagar una clase. Muchos momentos en los que tuve que pedir dinero prestado o vender lo poco que tenía para comprar mis libros. En varias ocasiones tuve que caminar de un condado a otro y cruzar puentes para ir a la universidad, pues no tenía dinero para usar el transporte público. En una ocasión caminé de Brooklyn al Bronx para ir a comer donde vivía mi familia. Fueron muchas las ocasiones en las que sentí que había defraudado a mi padre, quien, siendo huérfano de padre y madre, sacó adelante a sus hermanos. No sabía a quién más pedirle dinero prestado, así que comencé a andar con los bolsillos vacíos. Yo siempre me esforcé en los estudios, pero, por no tener papeles, no tuve las mismas oportunidades que mis compañeros y amigos. A pesar de que, para mi licenciatura, obtuve cinco becas gracias a mi rendimiento académico y a la generosidad de personas como don Jaime Lucero, fundador de Fuerza Migrante, que han invertido en la educación de jóvenes indocumentados como yo, mi maestría en Fordham University la pagué con el sudor de mi frente.⁷

⁷ Fuerza Migrante es una plataforma binacional de coordinación y fortalecimiento comunitario, integrada por mexicanas, mexicanos, y otros latinos que viven en el exterior, así como por sus familias y comunidades de origen en México. Para más información, véase el sitio web de Fuerza Migrante: fuerzamigrante.org.

En una ocasión me postulé para un puesto como organizador comunitario con un sindicato de trabajadores. Después de competir con otros cuarenta postulantes y saber que había quedado como finalista, me dieron de baja porque no tenía papeles. Esa fue la última vez que me hirió ser indocumentado. Así que me dije a mí mismo: “Está claro que nosotros, los jóvenes indocumentados, jamás tendremos las mismas oportunidades. Sécate las lágrimas, estudia con más empeño, nunca te rindas y seguirás avanzando.” Con esta actitud, logré realizar dos pasantías en la Oficina del Concejal de la Ciudad de Nueva York, Ydanis Rodríguez. Recuerdo que en una ocasión Ydanis me dijo: “Me da mucho gusto ver que en estos momentos estás pasando por dificultades de todo tipo. Es importante que tengas estas experiencias porque, el día de mañana, cuando alcances el éxito—y estoy seguro de que lo alcanzarás—no te olvidarás de dónde vienes. Te acordarás de que fuiste un lavaplatos y entonces verás que el joven que lleva pedidos en su bicicleta, uno que trabaja en construcción o lavando platos, tienen la misma dignidad que tú y tus grandes logros no serán mayores que ellos.”

Ydanis me ayudó a descubrir mi pasión por la justicia social. Durante su tiempo como concejal del distrito diez de Manhattan, Ydanis puso en el centro de su agenda a los inmigrantes, sobre todo a los soñadores, nosotros, los *DREAMers*.⁸ En más de una ocasión, Ydanis me animó a compartir mi historia con los medios de comunicación. Y así, poco a poco *fui saliendo de las sombras*. Unos años después, conocí a la licenciada Josefina Vázquez Mota, excandidata a la presidencia de México y actual senadora del Partido Acción Nacional. Ella escuchó mi historia y me pidió permiso para incluirla en su libro *Nosotros los dreamers: historias de vida más allá de las fronteras*.⁹ Josefina también me animó a seguir compartiendo mi historia y a nunca rendirme: “Tu padre estaría orgulloso de verte luchar el día de hoy por los inmigrantes,” me dijo.

⁸ Los “DREAMers” o “soñadores” son inmigrantes indocumentados que llegaron a los Estados Unidos cuando eran niños o jóvenes menores de dieciséis años.

⁹ Véase Josefina Vázquez Mota, *Nosotros los dreamers: Historias de vida más allá de la frontera* (Grijalbo, 2017).

Las últimas palabras que me dijo mi padre antes de morir fueron: “Perdóname por no haber tenido dinero para enviarte a los mejores colegios. Desde que eras pequeño demostraste mucha determinación para conseguir lo que te propones. *Nunca te rindas y seguirás avanzando.* Estoy seguro de que lograrás todo lo que te propongas en la vida. No desperdicies el talento que Dios te ha dado. Fuiste el último de mis hijos, pero no el último en mi corazón. Te amo.”

Tres días después, mi padre falleció de un tumor cerebral. Su muerte fue tan repentina. Y a pesar de que no derramé ninguna lágrima cuando murió, esa mañana lluviosa del 9 de marzo de 2009 se convirtió en una noche oscura que duró varios años. Pasaron muchos años para que pudiera asimilar su muerte y acostumbrarme a la idea de no escuchar más sus palabras y consejos. No pude estar presente durante su entierro; tampoco he podido visitar su tumba. Sin embargo, será lo primero que haga tan pronto como vuelva a México. Visitar su tumba aliviará mi duelo.

Nosotros los DREAMers: transformadores de la realidad colectiva

Recuerdo que el 18 de diciembre de 2010 se debatía el DREAM Act (Ley del Sueño) federal en el Senado de los Estados Unidos. Yo estaba en la galería del Senado cuando comenzaron a contar los votos; sin embargo, faltaron cinco para hacer realidad esta propuesta de ley. Esa mañana antes del voto, mientras caminaba por los túneles del Senado, le dije a una de las estudiantes que me habían invitado a ese evento que el DREAM Act no me beneficiaría. Ella me respondió: “Tal vez no te beneficie, pero a través de tu liderazgo puedes ayudar a otros jóvenes a hacer realidad sus sueños.” Ese día escuché hablar a la senadora demócrata de Nueva York, Kirsten E. Gillibrand. Me inspiró tanto que pensé: “Ya sé lo que quiero hacer en mi vida: ser senador de los Estados Unidos.” Después, cuando el Senado falló en contra del DREAM Act y miré a más de 200 jóvenes llorando, recordé las palabras de mi padre: “No desperdicies el talento que Dios te ha dado.” Entonces le dije a la muchacha que me había invitado: “Te prometo que

no vamos a descansar hasta que pasemos el DREAM Act.” Los medios de comunicación pronto informaron que los republicanos en el Senado habían matado el DREAM Act. Mucha gente se rindió tras esta derrota, pero no los DREAMers. Con los DREAMers aprendí a no rendirme y a contar nuestras historias como un acto de resistencia y liberación.

La primera versión del DREAM Act se presentó en agosto de 2001. Sin embargo, no obtuvo reconocimiento nacional hasta el 17 de mayo de 2010, cuando un grupo de *DREAMers* ocupó la oficina del senador John McCain, exigiendo su derecho a permanecer en este país. Como afirma Walter J. Nicholls, antes de la era de las redes sociales, no existían organizaciones que lucharan directamente por los DREAMers.¹⁰ Muy poca gente sabía quiénes eran los DREAMers; luego aparecieron Facebook y Twitter y ampliaron el campo para que los DREAMers pudiéramos conectarnos entre nosotros, creando un sentido de comunidad que llevó a la formación del Movimiento de los Soñadores (Dream Act Movement). En efecto, la opresión, la ira, el trato inhumano y la criminalización de las comunidades inmigrantes llevaron a la formación del movimiento de los DREAMers. Además, la falta de acción para abordar nuestro sistema migratorio roto nos llevó a buscar estrategias de confrontación con los líderes públicos electos. Utilizando consignas como “Indocumentados y sin miedo” o “Sin documentos y sin miedo,” los DREAMers comenzamos a participar en acciones que buscaban presionar a nuestros líderes electos. El lenguaje y la actitud importan, por lo que los DREAMers pronto comprendimos la importancia de *salir de las sombras* compartiendo nuestras historias con un público más amplio. No solo desafiamos al Congreso, sino que también establecimos una posición que dejaba claro que no nos rendiríamos hasta conseguir lo que buscábamos.

Me uní a los DREAMers después de empezar a leer las publicaciones de Facebook de otros jóvenes indocumentados. En ese entonces era fácil saber quién era un joven indocumentado o un aliado en las redes sociales gracias

¹⁰ Véase Walter J. Nicholls, *The DREAMers: How the Undocumented Youth Movement Transformed the Immigrant Rights Debate* (Stanford University Press, 2013).

a la foto de perfil del pato con gorra de graduación que los DREAMers empezaron a circular en las redes sociales pidiendo a otros jóvenes y a la población en general que firmaran la petición en apoyo al DREAM Act. En noviembre de 2010, el movimiento de los DREAMers había crecido enormemente a nivel nacional y había conseguido suficiente apoyo político para llevar el DREAM Act a votación. Las redes sociales nos permitieron contactar a otros jóvenes indocumentados que se sentían aislados, frustrados, y sin esperanza debido a su estatus migratorio. Lo que pareció ser una derrota en 2010 se convirtió en una victoria en 2012 cuando el presidente Barack Obama introdujo la Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (DACA, por sus siglas en inglés).

Los republicanos no acabaron con el DREAM Act, sino que ampliaron el camino para que los DREAMers nos convirtiéramos en transformadores de la realidad colectiva. En efecto, los DREAMers aprendimos estrategias para negociar con el Congreso. Pronto aprendimos también que todos los argumentos en contra de la inmigración podían ser refutados y que el problema era una combinación de injusticia, falta de generosidad e indiferencia. También aprendimos que los mayores malentendidos sobre los inmigrantes son producto de un contexto antiinmigrante que ha sido sostenido y reproducido por el clima político. En lugar de rendirnos, creamos redes, grupos de defensa, clubes estudiantiles, y coaliciones para ampliar el movimiento, lo que finalmente nos permitió presionar más al Congreso para que aprobara leyes que proporcionaran a los DREAMers un alivio temporal. Aunque el Congreso siguió jugando a la política, los DREAMers empezamos a tener éxito gracias a nuestro activismo en las universidades y redes sociales.

Aunque muy pocos DREAMers sabían sobre marketing en redes sociales o política, con el tiempo todos empezamos a aprender las habilidades necesarias para cambiar las circunstancias en el campo de la política. Una vez que empezamos a identificarnos con otros en el *Movimiento de los Soñadores*, iniciamos nuestras tácticas de exposición para crear una acción colectiva. Empezamos a enviarnos invitaciones mutuamente para asistir a mítines, marchas, asambleas ciudadanas, ruedas

de prensa, conferencias públicas y sesiones de entrenamiento para contar nuestras historias. También se añadieron entrenamientos y asesoramiento en defensa a la estrategia de campaña y, finalmente, trabajando con organizaciones aliadas.

La lucha por el DREAM Act de Nueva York

En el 2011, comenzamos a trabajar en la versión del DREAM Act de Nueva York. En esa ciudad, formé parte de los esfuerzos del Comité de Defensa del Consejo de Liderazgo Juvenil del Estado de Nueva York (NYSYLC, por sus siglas en inglés). Nuestro trabajo consistía en crear estrategias de campaña en redes sociales para presionar a nuestros representantes electos para que apoyaran el DREAM Act. Por ejemplo, organizamos una caminata de 150 millas desde Manhattan hasta Albany para crear conciencia sobre el DREAM Act de Nueva York. También llevamos a cabo varios días de abogacía en la ciudad de Nueva York y en Albany pidiendo a nuestros representantes electos que apoyaran el proyecto de ley. Organizamos ruedas de prensa, asambleas ciudadanas y acciones de desobediencia civil para bloquear el tráfico frente a la oficina del gobernador Andrew Cuomo; presentamos peticiones en línea; formamos clubs en las facultades de la City University of New York (CUNY) y en otras universidades privadas; y presentamos nuestras historias a los medios de comunicación, entre otras acciones. En efecto, aprendimos a enfrentarnos a la política mediante el uso de las redes sociales y revelando nuestro estatus migratorio en manifestaciones, marchas, y conferencias. A través de estas acciones no solo me di cuenta de que al contar mi historia motivaba a otros jóvenes a seguir adelante, sino que también estaba llegando al corazón de las personas que menos me imaginaba, nuestros representantes electos.

Hoy puedo decir que fui parte del esfuerzo por aprobar el DREAM Act en Nueva York que permite a jóvenes indocumentados acceder a ayudas financieras del Estado. A pesar de que por muchos años jóvenes indocumentados habían asistido a escuelas de Nueva York desde preescolar hasta grado doce, los estudiantes indocumentados se quedaban en el limbo

después de graduarse de la secundaria. Los estudiantes indocumentados no podían recibir ayudas federales de inscripción, becas, subvenciones, o préstamos. De los miles de estudiantes indocumentados que se graduaban de las escuelas de Nueva York cada año, sólo un pequeño porcentaje optaba por un título universitario, debido a enormes obstáculos financieros. El DREAM Act de Nueva York se sumaría a los esfuerzos del programa DACA para brindar un alivio muy necesario a la comunidad de jóvenes indocumentados. La postura del presidente Obama nos dio esperanza y coraje para seguir luchando por nuestros sueños y los de otros DREAMers.¹¹ Este esfuerzo se logró el 23 de enero de 2019, cuando, después de ocho años de abogacía constante, la legislatura aprobó el DREAM Act de Nueva York.¹² Este proyecto de ley estableció igualdad en el acceso a la educación universitaria para todos en el Estado de Nueva York.

Un poco antes de que esta propuesta de ley fuese votada y, eventualmente, aprobada, la Asamblea del Estado de Nueva York me invitó a la conferencia de prensa y a compartir unas palabras sobre lo que significaba para mí que esta propuesta de ley se hiciera realidad. Esto fue lo que dije: “Si el DREAM Act de Nueva York se hubiera aprobado desde su introducción, todos los DREAMers habríamos tenido más oportunidades de educación y graduarnos aún más rápido. La educación es un derecho humano; por ello, me alegra que hoy trabajemos de manera colectiva para asegurar que este derecho se conceda a todos los jóvenes en el Estado de Nueva York, independientemente de su estatus migratorio.”¹³

¹¹ Yohan García, “El Pte. Obama me dio esperanzas, espero lo mismo de Cuomo,” *El Diario La Prensa*, 23 de julio de 2012, eldiariiony.com/2012/07/23/el-pte-obama-me-dio-esperanzas-espero-lo-mismo-de-cuomo.

¹² “Assembly Announces Intent to Pass Jose Peralta New York State DREAM Act,” *Assembly Speaker Carl E. Heastie*, 23 de enero de 2019, nyassembly.gov/Press/files/20190123.php. Esta propuesta de ley lleva el nombre del senador estatal José Peralta, quien falleció de cáncer en 2018. El senador Peralta fue uno de los primeros que apoyaron esta propuesta de ley.

¹³ Yo no calificué para recibir los beneficios que otorga el programa de DACA ni para el DREAM Act si es que este hubiese sido aprobado, ya que para calificar para estos programas tenías que haber ingresado a los Estados Unidos antes de los 16 años. Sin embargo, el DREAM

Me da gusto saber que mi historia ha inspirado a otros a transformar sus vidas. Hace algunos años, una muchacha de mi pueblo me escribió para decirme que me había visto en la televisión y que estaba inspirada por mi ejemplo. Eso me motiva porque ya derrumbamos la barrera que nos hacía creer que alguien de nuestro pueblo no llegaría a hacer algo grande. También me escribió una joven *soñadora*, quien me dijo que su hermano y ella son DREAMers y que mi historia los tocó profundamente, no solo porque ellos también se graduaron de Hunter College, sino también porque el DREAM Act de Nueva York les brindó nuevas oportunidades. Con los DREAMers, me di cuenta de que podía motivarlos y que ellos me motivan a mí.

Han pasado quince años desde que DREAMers como yo llegamos por primera vez a Washington DC para luchar por nuestros sueños y ver cómo nuestros líderes electos toman decisiones en nombre de todos nosotros. No cabe duda de que los DREAMers hemos contribuido a la democracia, a la eficiencia gubernamental, y a un liderazgo eficaz en los Estados Unidos. Quizás otros movimientos ahora puedan mirar atrás a los jóvenes indocumentados que decidieron cambiar el rumbo de la historia y el ambiente político sobre el tema de la inmigración. Como dijo Steve Jobs: “Los que están lo suficientemente locos como para pensar que pueden cambiar el mundo suelen hacerlo.” Estos somos los DREAMers. Un movimiento liderado por jóvenes indocumentados que nos ha mantenido motivados durante todos estos años, mostrándonos que el deseo de salir adelante es más grande que el miedo y que, independientemente de las adversidades a las que nos enfrentamos, los jóvenes indocumentados somos personas trabajadoras, con pasión y valentía para seguir luchando por nuestros sueños.

Act de Nueva York permitía que todos aquellos que llegaron a Nueva York antes de cumplir dieciocho años calificaran para este programa.

Conclusión

Contar mi historia de migración me hizo *salir de las sombras* y con ello pude *recuperar mi dignidad como persona inmigrante indocumentada*. Como muchos inmigrantes indocumentados, durante mucho tiempo estuve obligado a vivir en las sombras.¹⁴ Sin embargo, creo que quienes venimos a los Estados Unidos en busca de una mejor calidad de vida no debemos permitir que las circunstancias nos impidan lograr nuestros sueños. Con o sin papeles, los inmigrantes tenemos que buscar cómo salir adelante. Con los DREAMers aprendí a no rendirme y a ser transformador de la realidad colectiva. Para nosotros, los DREAMers, el tema de la migración es personal. Nuestro compromiso con la justicia social y el trabajo político ha estado impulsado por nuestra propia historia de inmigración a los Estados Unidos en busca de una mejor vida. Con mucho esfuerzo y determinación, hemos logrado transformar nuestras vidas.

En su libro, *Camina con mi pueblo*, el sacerdote redentorista Michael McAndrew señala que nuestra historia de migración no inicia en la frontera.¹⁵ En efecto, mi historia de migración está ligada al legado que heredé de mis padres y al espíritu de resiliencia de la comunidad inmigrante.¹⁶ Cruzar la frontera casi me cuesta la vida en más de una ocasión y, sin embargo, fue apenas el principio de los muchos obstáculos que se me presentaron en el camino. Para lograr mis sueños, me he tenido que enfrentar a muchos obstáculos. He tenido que enfrentar la falta de oportunidades, la retórica antiinmigrante, e incluso un proceso de deportación. Sin embargo, le doy gracias a Dios por estos veintitrés años que he vivido como indocumentado. Han sido años muy difíciles, pero son estas experiencias las que han moldeado mi carácter. Sin estas experiencias

¹⁴ Véase en este volumen: Kristin E. Heyer, “Justicia más allá de las fronteras: Una ética cristiana para la migración actual,” 106–128.

¹⁵ Michael McAndrew, *Camina con mi pueblo: Una vida en el ministerio de inmigración* (Libros Liguori, 2024), 157.

¹⁶ Véase en este volumen: Jorge Fernando Heredia Zubieta, “Espiritualidad y resiliencia entre migrantes en camino,” 187–204.

de vida, es muy probable que hoy fuese indiferente con nuestros hermanos y hermanas inmigrantes y personas en situación de vulnerabilidad. Gracias a estas experiencias de vida, pude descubrir mi vocación y pasión por la justicia social. Ahora, mi misión es abogar por aquellos que no pueden hablar por sí mismos.

El hambre, la sed, el calor, el frío, y los asaltos a punta de pistola que experimenté en el desierto marcaron mi vida, pero no pudieron detenerme. Tampoco me detuvo el hecho de no tener papeles; el espíritu de lucha de mis padres y de los inmigrantes será siempre el faro que ilumine mis noches oscuras, y esa voz en mi corazón que me dice: “*Nunca te rindas y seguirás avanzando.*”

Yohan García Lucero es profesor a tiempo parcial en el Instituto de Estudios Pastorales de Loyola University Chicago. Yohan también se desempeña como gerente de educación sobre la doctrina social de la Iglesia en el Secretariado de Justicia y Paz de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos; como asesor y formador de la Conferencia de Vida Rural Católica; es coordinador de la Mesa Virtual de Migración y Fronteras en las Américas de *Catholic Theological Ethics in the World Church*; miembro de la Junta Directiva de la Alianza de Líderes de Fe Hispanos de Virginia; y como asesor de la Comisión de Justicia, Paz, e Integridad de la Creación de los Misioneros Católicos de Glenmary. Es originario de Puebla, México, y emigró a los Estados Unidos en el 2003 en busca de una mejor vida. Se graduó con honores de Borough of Manhattan Community College, Hunter College, y Fordham University. Yohan fue uno de los organizadores del coloquio “Retos de la movilidad humana ante los nuevos horizontes políticos de México y Estados Unidos desde la perspectiva cristiana.”